

El don. De la arquitectura

José Vela Castillo, dr. arquitecto

IE Universidad

jose.vela@ie.edu

1

Este texto trata de exponer, en una primera exploración fenomenológica, el papel que el don tiene en arquitectura en relación con el fenómeno del lugar y con la propia posibilidad del ser evento del evento (que, para la arquitectura, da (su) lugar). Es obvio que esta cuestión está íntimamente relacionada con los conceptos de lugar, fenómeno y evento, pero también de don e incluso de la hospitalidad, que trataremos de trabajar desde por una parte la fenomenología de la donación de Jean-Luc Marion, y de otra desde el pensamiento deconstructivo de Jacques Derrida en torno al evento y el don, siempre manteniendo el horizonte, no tan distante, de la fenomenología trascendental husserliana como marco último. Debe ser apuntado, también, que no deja de encontrarse presente un delicado aroma afirmativo y nietzscheano, aquél que, básicamente, trata de dejar ser en su singularidad las cosas lo que son, antes (o al lado, o incluso después) de cualquier objetividad, aquél que dice fundamentalmente “sí” a la aparición de “las cosas” (“some/thing”), al evento en su propia aparición (y no en su “apariciencia” psicológica, probablemente). En este sentido, el lugar de la arquitectura es el lugar en el cual la ley de la alteridad, la ley de lo otro se hace presente a sí misma: el “evento”, entonces, no sería sino otra manera de decir “venida del Otro” (más adelante llamado: el arribante).

Es necesario, al inicio, ofrecer una clarificación general sobre el idioma y sobre la traducción, dado además que este artículo se redactó originalmente en inglés. En español, como también en gran medida en francés, pero a diferencia del inglés y otros idiomas, “dar lugar” (“donner lieu”) tiene, al menos, dos significados.

Uno, el habitual y más directo, sería el de “resultar”, es decir, la acción de permitir, poner los medios, para que algo se produzca; ocasionar o motivar. Una acción efectuada tiene entonces como consecuencia un cierto estado de cosas distinto del original, algo pasa (y es importante, también, saber qué es ese algo que pasa, si es que en realidad pasa algo como un objeto). Hay pues un proceso lógico (y cronológico) que efectúa un paso a un fin mediante unos medios. Cuando se “da lugar” a algo, otro algo produce o induce a un estado de las cosas dado transformarse en otro, determinando a la vez una prioridad cronológica pero también lógica (incluso ontológica).

El segundo significado, el que llamaríamos literal, pero no por ello secundario ni mucho menos como queremos argumentar aquí, un segundo significado pegado a las palabras pero que resuena en el primero (y que traduciría el inglés “give place”), dice lo que dice: dar lugar. Es decir, que “da” (pero ¿el qué?), propiamente, el “lugar”. Es obvio que este segundo sentido no es el que comúnmente se considera, sino que se encuentra escondido, “debajo”; incluso podría hablarse de un significado metafórico (ya que, precisamente, habla de un proceso de traslación). Se trataría de un significado espectral, cuya presencia se da con la misma condición de repetición y

primera vez que se da en el espectro. Un significado en el que el sentido literal se ha oscurecido, se ha hecho presente siendo precisamente un presente, un cierto regalo, un don o una aparición.

Porque, última consideración preliminar sobre el idioma, y ahora sí, tanto en español y francés como en inglés, “(un) presente”, “(a) present” puede significar tanto un regalo (o don) como el tiempo presente, el tiempo actual, el del momento (y el tiempo verbal). Esta doble correspondencia es importante tenerla en consideración a lo largo de todo el artículo como un cierto *basso continuo*, una siempre actualizada correspondencia del don con (su) darse

Dos cuestiones han sido, por ahora, mencionadas, que son las que demandan la siguiente exposición: la cuestión del lugar y la cuestión del dar, que es, también, y como ya se ha apuntado, al cuestión del don. Un don, el don contenido en el francés *donner* (dar), que se remontará tanto al problema de la donación como a la cuestión del don, según la genealogía que se lleva al trabajo fundacional de Marcel Mauss, *Essai sur le don*. Parece obvio que lo que interesa aquí, desde el punto de vista de la arquitectura, es explorar este concepto (la palabra no es la más adecuada) de *dar lugar / donner lieu*, tratando de determinar, o al menos aproximarnos, a lo que la arquitectura da y a lo que es dado en la arquitectura (si algo), y, quizás más importante, dónde. A partir de este punto, una exploración del papel que el espacio toma en esta operación puede ser trazada: una que muestre cómo el espacio es transformado desde una cierta preexistencia trascendental a un compromiso íntimo con aquello que (com)parece (o aparece) ser dado. Por así decirlo, un tránsito del espacio al lugar, lo que es también un cierto decir el lugar (la palabra topología, aparte de su significado matemático como descriptor de una rama de la ciencia misma significa aquí: logos del lugar), y cómo esto afecta a la arquitectura o es afectado por ella (dejando aparte, de nuevo, otra exploración ulterior: la de las afecciones, los afectos y los efectos de la arquitectura, que desde el barroco a Gilles Deleuze se encuentran, también, bajo el punto de mira de una observación más detallada).

Debe de quedar claro al inicio, no obstante, que esta investigación no es sino una investigación preliminar que únicamente trata de fijar un área de estudio y aislar o identificar algunos asuntos principales. Incluso, en cierta medida, lo que está en cuestión es la propia idea de la cuestión, el asunto o materia del que, si es así, está hecho este don, eso que presumimos se da en el lugar, o como lugar (y no es sino un cierto exceso que a la vez siempre se queda corto). Espero que mi voz, y mi escritura (una en la otra), sean poseedoras del don de la claridad y estén suficientemente dotadas para caminar por estos lugares, en los que esperemos el camino no se halle extraviado... De cualquier manera, lo que sigue es, más que respuestas a estas preguntas, un parejo planteamiento, incluso deconstrucción, de las preguntas mismas; una disección o un corte, la separación que permita su identificación (y su recomposición). Una labor acaso quirúrgica. No su elucidación, sino su (*des*)apropiación.

¿Qué es lo que realmente se da “en el espacio” cuando decimos “dar lugar”? ¿Podríamos decir “entregar” (*deliver*), el espacio? ¿Es que el espacio se entrega, acaso? ¿Da, generosamente todo lo que tiene, como el futbolista en el campo, hasta su último hálito, pundonor de la exhaución (prueba de la fuerza bruta)? ¿Da paso, conduce, lidera

(*lead*) al lugar, un lugar o lo adensa (*lead* tiene el doble significado de conducir como verbo y de plomo como nombre, entre otros)? ¿Qué debemos entender entonces? ¿Hay, en verdad, algo que entender? ¿Que engendrar? ¿Un tercer género, acaso, material lábil que como cera permite formar, con-formar el lugar? ¿Y con eso nos conformamos? Y lo más importante: ¿Qué se da, o qué es dado en la arquitectura (y no es lo mismo dar que ser dado, siendo dado)? ¿Un regalo, un don? ¿El don de la arquitectura? ¿Un don arquitectónico? ¿Qué nos regala la arquitectura, nos entrega generosamente y en exceso sin esperanza de restitución posible? ¿Un don como donación? Quizás no sea tanto que la arquitectura sea dada como un regalo (y que de paso regale nuestros sentidos), lo que desde luego, y aun de una manera en gran medida laberíntica (laberinto una de las primeras obras de Dédalo, mítico primer arquitecto), es, sino que la arquitectura pone las condiciones, siempre pre-condiciones (si bien siempre incondicionadas) que permiten a los espacios ser lugares, precisamente reconfigurándolos en la forma de una apertura, una apertura de posibilidades, una apertura al de-venir, a la venida de lo absolutamente inesperado (el porvenir, *l'avenir*). De alguna manera este don que la arquitectura es y que en la arquitectura se da, si es algo, es el asentamiento como apertura, el aclaramiento de un espacio, nunca su clausura: claro y no claustro. La arquitectura, en el propio espaciarse del don, en ese ser, también, un tercer género/portaimpronta (la referencia es obviamente a *chorā* y al Platón del *Timeo*, pero también es importante recordar que esta misma palabra identificaba en la Grecia antigua el territorio, más allá de los límites estrictos amurallados de la ciudad, por el que se extiende la polis, complemento y variación del *asty* con el que forma una unidad espacial, y sí, arquitectónica: a la vez relación y separación con otros territorios, marca un lugar de posibilidades, encuentros y fricciones) que pone en marcha un dispositivo por el que lo inesperado puede aparecer, da lugar y da el lugar donde esto puede ocurrir, su forma. De hecho esto que se da, el don, no es ni puede ser otra cosa que lo inesperado, lo que con generosidad absoluta se ofrece (nada a cambio se espera ni se puede esperar), aquello que (quizás) no puede ni ser reconocido como tal excepto al precio de torsionar sus propias condiciones fenomenológicas de aparición.

¿Qué es entonces dar, donar, un don? ¿Qué significa donación, y no solamente en lenguaje fenomenológico? A la vez acto y objeto, donación y don, un cierto objeto que se da sin un sujeto “real”, más allá de un *ego* trascendental que pueda configurarlo, sin ningún *sub-iectum*, nada debajo que lo soporte o que permita entrever su abismal profundidad tras su aparente superficialidad, sin ningún resto que reste, sobre o exceda aquello que se da como exceso (y que sin embargo permanece como una cierta res(is)tancia), el (verdadero) don desencaja todas nuestras comunes asunciones sobre lo que dar es, y sobre lo que es dado, puesto que subvierte su propia objetualidad.

De acuerdo a la formulación de Jean-Luc Marion,

“La íntima implicación entre la reducción y la donación define entonces el principio de la fenomenología. Lo que aparece se da, es decir, que aparece sin reservas ni resto, ad-viene por ende, llega y se impone como tal, no como la apariencia o el representante de un en-sí ausente o disimulado, sino como ello mismo en persona y carne”.¹

Así pues, en la interpretación del acto de la donación (y en su íntima relación con la reducción, con aquello que Marion llama “tercera reducción”), Jean-Luc Marion asume que en la donación fenomenológica el fenómeno se da a sí mismo y por sí mismo en su totalidad, plenamente, sin ningún resto que, de otra manera, no supondría sino un ser otro que el ser, “permanecería simplemente como lo otro del ser”.² Sin ningún resto porque en la donación no hay ninguna constitución del fenómeno desde el exterior del *ego transcendental*, sino desde el sí mismo del fenómeno, y por tanto se debe, necesariamente, dar con total plenitud, sin ocultamientos o retardaciones de ningún tipo, y sobre todo sin ninguna zona oscura inaccesible al propio fenómeno en el darse.³ Esta afirmación de Marion, a su vez, le lleva a la asunción de la certeza de la experiencia en la cual ese “algo” es dado, dada, precisamente, la clara certeza de la experiencia de la donación, que de hecho precede cualquier reducción fenomenológica (al menos desde su punto de vista). La donación, por tanto, en la lectura de Marion, es equivalente al fenómeno en sí mismo según la propuesta de Husserl, en su doble estructura: por un lado la de la aparición (en el lado de la consciencia) y por otro la de lo que aparece o se da (en el lado de las cosas).⁴

En este punto, añade Marion:

“[...] consideramos establecido que el pliegue del fenómeno, tal como se despliega en el aparecer, equivale al pliegue de la donación, tal como él guarda en ella lo dado.”⁵

Lo que enseguida se ve, lleva a una serie de problemas que aparecen al reconocer esta fenomenalización de lo que es dado, de lo que es dado en sí mismo y por sí mismo. Puesto que no podemos reducir esta donación en sí a algo operado por un ego transcendental como se ha dicho, un ego que en esta operación no haga sino transformar el fenómeno en objetos, eliminando cualquier resto en dicha operación.

Aquello que es dado en la donación fija por sí mismo sus propias condiciones de manifestación; cualquier ego queda entonces privado de cualquier pretensión transcendental:

“Si no se quiere contradecir el resultado de la tercera reducción —el fenómeno de da por él mismo—, el *ego* debe deshacerse de toda pretensión transcendental. La reducción no se encuentra comprometida con todo, sino que, a la

¹ Jean-Luc Marion, *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica* (Buenos Aires: Jorge Baudino/Unsam, 2005), 48.

² *Ibid.*

³ Esta cuestión del resto es, de otra parte, ampliamente tematizada desde una perspectiva distinta por Jacques Derrida en, por ejemplo, *La difunta ceniza*. Porque el resto no sería solo lo que resta, sino también lo que resiste (nótese también la acepción en lengua inglesa de *rest* como descanso), y no sería eso precisamente que aparecería como un resto que no se da por permanecer guardado u oculto, pero que sin embargo de alguna manera es, algo que permanecería en un no darse con plenitud. Resto no sería aquí, sin embargo, sino un cierto anuncio de una posible repetición o iterabilidad, la condición que expone a la vez la singularidad pero también la repetición de ese fenómeno que se da en su darse (como) sentido.

⁴ Jean-Luc Marion, *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica*, óp. cit., 50.

⁵ *Ibid.*

inversa, se encuentra realizada hasta en lo que la vuelve posible, el donado. El donado no compromete la reducción a lo dado, sino que la confirma transfiriendo el sí mismo de él mismo al fenómeno”.⁶

4

Podemos ahora ya preguntarnos dónde podemos encontrar un tipo de fenómeno que en su presentación no solo preservase la huella de su donación original, sino que de hecho abriese un camino hacia lo original en sí mismo. La respuesta de Marion (y en gran medida la que aquí sostengo) es que esta posibilidad debe ser rastreada y dirigida hacia un cierto tipo de fenómeno en particular, el fenómeno que llamamos evento, estableciéndose de esta manera una íntima relación entre donación y evento que, en última instancia, es la propuesta que queremos hacer en este artículo. De ahí podríamos afirmar que la más propia condición de la donación, su ser más íntimo (si podemos decir así), su apuesta más relevante (desde una perspectiva, entonces “espacial”: del dar lugar que sería la arquitectura) sería su ser evento.

Dice Marion:

“¿Qué fenómenos conservarían en sí la huella de su donación, al punto que su modo de fenomenalización no solo abriría tal acceso a su *sí mismo* originario, sino que además lo haría indiscutible? Se propone una hipótesis: se trataría de fenómenos del tipo del evento.”⁷

¿Qué es el evento? Difícil respuesta. Digamos, sin embargo, algunos de sus rasgos característicos, de lo que es y de lo que no es. El evento no es algo que resulte de ninguna producción, nunca se puede presentar como un producto, hecho y acabado, predicho y previsto, dice Marion⁸, ni tampoco es algo que, de acuerdo a sus causas, pueda repetirse, replicarse, rehacerse como algo idéntico a sí mismo que pudiera ser, entonces, conocido de antemano en su vuelta. El evento demanda la sorpresa, se expone como una apertura inanticipable (y sin embargo es reconocible una vez que se da, que aparece dado). Si el evento en verdad puede darse, existir, venir a presencia nunca puede ser programado, solicitado, decidido de antemano, conocido salvo de la más oblicua manera.⁹ El evento no puede esperar (a su venida) y no puede ser esperado (por desconocido) salvo como una cierta espera, una cierta atención y un oído preparado siempre a la escucha, puesto que el evento no es sino lo esperado que surge como lo inesperado siempre, lo absolutamente inesperado y sin embargo cogido en esta espera (que no es sino una espera afirmativa, un sí, sí, nietzscheano, un cierto ven). El evento, y empleamos ahora palabras de Jacques Derrida, es una cierta “posibilidad de lo imposible”. Y es precisamente en este (aparente) no tener sentido, no darse en una dirección, siguiendo un camino, que precisamente el sentido (si finalmente lo hay) (com)parece darse.

⁶ Ibid., 92.

⁷ Ibid., 76.

⁸ “[El evento] se distingue de los fenómenos objetivos en que no resulta de una producción, que lo suministraría como un producto, decidido y previsto, previsible según sus causas y, en consecuencia, reproducible según la repetición de tales causas”. Ibid.

⁹ Para esta cuestión es importante también ver el texto de Jacques Derrida “Cierta posibilidad imposible de decir el acontecimiento”: Este resulta de la intervención de Derrida en un seminario celebrado en abril de 1997 en el CCA (Canadian Center for Architecture), bajo el tema general de “Decir el acontecimiento, ¿es posible?” Ver Jacques Derrida, Gad Soussana y Alexis Nouss, Decir el acontecimiento, ¿es posible? (Madrid: Arena, 2007).

El evento (se) da a sí mismo, y es dado en la forma de una auténtica donación, abriendo precisamente el espacio, dando el lugar (que *antes* no había) para que esta donación tenga lugar (al que llegar). De esta manera, al decir que la arquitectura “da lugar”, lo que intento decir es: el lugar, si es que ha de aparecer, lo hace en cuanto donación del evento, porque, en cuanto inesperado, el evento no es previsible. Lugar y evento entonces se darían de forma co-originaria si así puede decirse, y se darían plenamente. Y así puede decir Marion: “[...] no es tanto que yo entro en ella [se trata de una sala de actos] sino más bien que ella me adviene desde sí misma, me engloba y me lo impone. Ese “ya” testimonia el evento”.¹⁰ En ese advenir, en ese “ya” de la sala (desde el pasado, se da en el presente, prefigura lo porvenir pero también viene desde ese porvenir, introduciendo un desencuadre del tiempo), lo que se da a la vez es el evento y el lugar, se da (el) lugar. Este espacio arquitectónico que cita Marion es precisamente lo que en el doble movimiento del evento abre el lugar y se da plenamente.

El evento del lugar se da como un auténtico evento, inesperado más allá de un horizonte de espera, constituyendo la arquitectura como su huésped más querido, dando hospedaje a la misma (por lo que no dejaría de ser su anfitrión: es adecuado aquí recordar que en inglés *host* tiene un amplio campo semántico, que incluye a la vez los valores de huésped y de anfitrión, que apunta también a la multiplicidad —*a host of...*—, que significa la ofrenda eucarística, que describe el animal o planta en que un parásito vive etc., y que mantiene también un interesante linaje en la secuencia *host/guest/ghost/geist*) y siendo hospedado en ella (del latín *hospes/hostis*, de nuevo la dialéctica amigo-enemigo). La arquitectura se presenta entonces, se da a conocer, se fenomenaliza (abriendo un espacio, incluso un espacio geométrico y cartesiano, pero no solo) en su darse, en su doble condición de evento que da lugar (que hospeda ese lugar) y de lugar dado (huésped querido e invitado que se transforma en anfitrión).

No se trataría sin embargo de que la arquitectura existiera de antemano y funcionase como un cierto marco para el evento, como un encuadramiento (del lugar) que permitiese reconocer al evento como tal cuando apareciese dándose, una cierta delimitación de unas condiciones de posibilidad (supongamos un cierto marco kantiano, donde la arquitectura se comportaría como un símil de las formas puras de la sensibilidad que permiten conocer cualquier fenómeno), tampoco de que este dar lugar construyese o produjese el espacio en el que entonces, más tarde, derivadamente, el fenómeno del evento se daría como tal. La arquitectura sería aquí el propio fenómeno de (su) donación (evento) *como* lugar. Lo que sería lo mismo que decir *apertura*, y de esta manera espacio y tiempo entrelazados (e interrumpidos) en su darse.

Claro que, alguna objeción podría ponerse. Si la arquitectura, cogida en la densa red de su propio lenguaje, presentándose delante de nosotros como un edificio (una construcción), resistiéndonos como una construcción (una construcción también de significado) debe ser pensada como una cierta generalidad, en una posible repetición que permita su reconocimiento como tal (su función como arquitectura y edificación), parecería que aquí aparece una discrepancia con la absoluta singularidad del evento y su darse. Y sin embargo, ésta no es una objeción real, puesto que aquí ahora no estamos tratando de la arquitectura como un fenómeno independiente que aparezca como un objeto no saturado a un ego, con la arquitectura como un mero objeto técnico o tecnológico listo ya para ser usado,

¹⁰ Jean-Luc Marion, *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica*, óp. cit., 77.

que nos encontramos ya hecho en nuestra vida cotidiana, y que solo resta emplear con la transparencia (aparente) de una herramienta común. Más bien nos confrontamos con la arquitectura en su presencia saturada y en su indecibilidad constitutiva, lo cual significa, al menos, que la arquitectura siempre se organiza como una constante alter-ación, una variación en su repetición que incluye una alteridad (y una espera): iteración, por tanto, y no repetición mera, lo que es lo mismo que decir imposible repetición de lo igual en su darse, o bien *evento*.

El evento así rompería el tejido continuo de la historia, trama y urdimbre de la ordinaria textura del mundo en que, sin embargo, resta su verdadera posibilidad de aparición. La arquitectura, entonces, la verdadera arquitectura, cuando es dada como del lugar don, desgarraría este tejido conocido del mundo, arruinaría el perfecto encaje de trama y urdimbre para introducir una hilada inesperada, un reconocimiento de lo ajeno, una ruina del texto que corroe su integridad de herramienta técnica y su funcionalidad prevista de ser mero edificio (y mero objeto de producción y consumo, aunque esta sería otra historia). Decir arquitectura querría decir *performance* y ruina del tejer de la historia, pues acaso se muestra como la propia singularidad de cada uno de nosotros, trascendiendo su estar delante de nosotros (su con-frontarnos) como una artefactualidad siempre dada y no donada en cada instante y en cada decisión. Arquitectura como el evento de dar lugar y darse como lugar a sí misma, como verdadero evento en su imprevisibilidad, interrumpe cualquiera de nuestras certezas, cruza el ser no como un objeto ya existente (*Gegenstand*) en su fenomenalidad, y como pura singularidad acomete su darse mucho más allá de toda posible distinción objeto-sujeto.

El lugar como evento, arquitectura como “dar lugar” (y no como ese lugar en que ese “dar lugar” precisamente tendría lugar), y si es que de hecho es posible, se da en la forma, también, de un cierto trazo y de una cierta huella (de nuevo en inglés *trace* coliga ambos significados) de esta donación, puesto que esa huella o traza, tan arquitectónica, remite al evento en el darse como algo que, inesperado, también desencaja en cierta medida los tiempos. La arquitectura se daría entonces en esta singularidad del trazo y de la huella (una singularidad que es también plural), que promueve la singularidad del evento y su iterabilidad, que permite la aprehensión del fenómeno.

En esta singularidad interrumpida del evento, la arquitectura deviene teatral, performativa como se ha apuntado. No porque la construcción arquitectónica tenga la forma de un teatro, no como la existencia de ese texto previo que luego se da vida y lugar en cada interpretación particular, ni siquiera como ese lugar que da vida, como espejo, a una comunidad y que la conforma al confrontarla consigo misma y con lo otro a través de la interpretación (tragedia). Sino, de alguna manera, teatro como advenimiento (lo que no deja de tener ciertas reminiscencias teológicas), como el “ahora” que testifica de la singularidad del evento, como el tejido y el entrecruzamiento, haz y envés del tejido/texto del mundo. Como el absolutamente aquí y ahora de la representación más allá de cualquier re-presentación, como aquello que en sí mismo y por sí mismo “nos pone en escena al *darse a nosotros*”.¹¹

¹¹ Ibid., 79.

Como se ha sugerido, el don nunca puede darse en el presente aun dándose como presente, no puede ser nunca presente en presente sino como una cierta espera: pues nunca representa nada, no trae nada de nuevo a la presencia, sino que se daría en la disjunta forma del fantasma (*ghost*), del espectro, es decir de aquello que viene por primera vez pero habiendo venido ya antes de alguna extraña manera, lo que permite su reconocimiento, pero habiéndolo hecho no estando presente, en cuanto fantasma, pues este no lo es sino de algo que no tiene presencia. ¿Qué quedaría, entonces, de ese darse en arquitectura, si es que queda algo como dado? Quizás, respondo, la figura descolorida, borrosa de un tiempo de espera en la forma de un espectro que viene.

El evento, en su darse, deja el trazo y la traza (de una figura) como un cierto espectro, un *revenant*, uno que vuelve y que asedia, que torna y retorna (porque nunca se ha ido, porque nunca ha venido) al no haber sido nunca presente, al no poder nunca presentarse sino como eso, un espectro, o un doble. Y sin embargo algo es dado en la donación, y aún más importante, algo que permanece, que resiste, que deja una sombra indeleble, una marca de su ausencia, que se impone como ruina y ceniza de la construcción, que se disemina como la traza, siempre en fuga.

Podríamos decir, que la arquitectura como singularidad y evento siempre deja una traza (de su darse) en un tiempo desencajado (operado por el espectro), que es a la vez un tiempo de espera y de advenimiento. Una huella y una traza que, continuamente borradas, parece subsistir como la ceniza de un fuego que no se extingue; traza y huella retornando siempre, dándose de nuevo cada vez pero nunca siendo presentes como tales.

El don, nunca presente en realidad como tal, siempre precede y excede cualquier intercambio, cualquier dialéctica, cualquier metafísica de la presencia, cualquier fenomenalización que no venga de sí misma. Lo que aparece como consecuencia de este dar lugar, en la forma de un don, es precisamente algo que no se da en presente (y como construcción), sino, como hemos visto, lo inesperado, lo no planeado (y sin embargo proyectado), aquello inesperado e imprevisible, quizás aquello radicalmente Otro en la forma del ad-viento (que no sería sino el advenimiento del evento). Lo dado en la arquitectura pertenecería a un orden preontológico acaso, no del orden del ser en tanto presencia, quizás sí del ser como un presente, regalo que se da sin restitución posible. Lo dado en arquitectura, lo que hace que la arquitectura aparezca como arquitectura, lo que hace verdaderamente aparecer la arquitectura no es ni puede ser, entonces, dado sino como evento.

La arquitectura, en su dar (el) lugar, nunca se da sino como aparición de lo inesperado, y por tanto no es nunca plenamente presente.

Y que la arquitectura, según esta conclusión, no sea sino lo impermanente nunca plenamente presente es, evidentemente, una conclusión paradójica, puesto que la arquitectura ha sido, siempre, precisamente el ejemplo de lo contrario: de lo estable, lo permanente, aquello que da seguridad y aporta solidez, incluidas las metáforas tan empleadas en la filosofía (resistentes cimientos, sólidas construcciones) o aquella tan citada definición atribuida a Goethe que dice que la arquitectura es “música congelada” y que enfatiza, por tanto, su más dimensión más fija.

Esta impermanencia de la arquitectura lo que demanda es entonces una espera (que no una esperanza), una espera de lo por-venir (que se dará al darse como lugar en tanto que evento), que habrá de aparecer como el don de lo inesperado. Y esta espera, además, implica una cierta violencia, pues aquello que viene y que no es esperado como tal no puede dejar de i(nte)rrumpir con extrema violencia, de aniquilar en realidad toda posibilidad de espera, cualquier verdadera esperanza y cualquier esperanza (“hope”) en la espera (“awaiting”). Pues, ¿qué es en verdad eso que se va a dar y que va a irrumpir como evento? ¿Es bueno o malo? ¿Posible o no? ¿Terrorífico o tranquilizador? En este horizonte, lo que aparece, si lo hace, y lo hace como lo totalmente inesperado, se impone con fuerza, con la fuerza de (una) ley, desde una total a-legalidad. Lo que se da, entonces, lo hace como lo previo a lo legal que funda la legalidad. Ninguna arquitectura resistiría incólume este ataque.

6

Finalizamos, y volvemos a la pregunta del inicio, aunque ligeramente modificada. La cuestión ahora no es solo qué se da en el darse, en el don de la arquitectura (se da el lugar en el evento de su aparición), sino quién viene, quien acompaña ese evento del darse, qué lugar ocupa el que viene, el poblador de esta arquitectura a la espera. La respuesta viene, en parte, de Jacques Derrida. Y sería: *L'arrivant* (literalmente: el que viene, el arribante).¹² El arribante, aquél que se presenta a sí mismo como el que (ad)viene en el evento, y que tantas veces adopta la forma de lo siniestro (siniestro aquí traduciría *unheimlich*, pero este término alemán, usado por ejemplo por Freud, que suele traducirse al inglés como *uncanny*, tiene un campo semántico mucho más amplio, y no necesariamente implica lo terrorífico y oscuro de lo siniestro, sino lo ajeno, lo otro, lo inesperado, y podríamos traducirlo también por “extrañamiento”), no es sino aquel totalmente inesperado que se da en el darse del don, en el dar lugar del evento como arquitectura, personaje indeciso en el teatro del aparecer, que lleva siempre la signatura del huésped (*host*), y por tanto su ya explicada doble condición (huésped que se convierte en anfitrión debido a muy antiguas leyes de hospitalidad, huésped inesperado que se ofrece como la espera misma).

El visitante, el arribante, hecho a sí mismo propia invitación (no tan lejos del ángel de la Anunciación), irrumpe en la arquitectura como aquél que no estamos preparados para recibir (pues no ha sido invitado, no hay tarjetas cursadas, nadie ha prefigurado su presencia, nadie le ha mostrado el camino de entrada), interrumpe el común discurrir del tiempo en su absoluta demanda de ser recibido, impone el imperativo de su darse. La arquitectura entonces, en su fenomenalización, ha de estar atenta a este imperativo del huésped, del inesperado arribante que la puebla y la construye, *performa* su presencia como tal, destruye el marco para imponer el evento de su darse: la arquitectura es esa hospitalidad incondicional. Eso es lo que se da cuando se da lugar. Una hospitalidad¹³ infinita, en la que el anfitrión debe estar preparado para acoger a esto inesperado en su plena aparición y sin saber quién ni cuando, a este extranjero inesperado pero del que estaba a la espera (como el que está

¹² Para una introducción a esta cuestión ver Jacques Derrida, *Decir el acontecimiento, ¿es posible?*, op. cit., 94. Para una elaboración más extensa, ver Jacques Derrida, *Aporías. Morir—esperarse (en) «los límites de la verdad»*. (Barcelona: Paidós, 1998).

¹³ Ver también aquí el trabajo de Derrida al respecto, por ejemplo en Jacques Derrida y Anne Dufourmantelle, *La hospitalidad* (Buenos Aires: Ediciones de la flor, 2006).

a la escucha). Pues la hospitalidad, en realidad, no es hospitalidad si no es incondicional, infinita, abierta a esto desconocido, al huésped imprevisto e imprevisible, a la aparición del evento, pues.

Una última apreciación. Desde el punto de vista espacial de la arquitectura, ¿qué dirección privilegia este arribante que irrumpe sin pedir permiso? ¿Qué orientación del espacio, qué nexos articula? El arribante viene siempre de lo alto (aunque no baja de un espacio superior). El arribante impone una llegada que escapa al horizonte de espera, al horizonte de la fenomenalización en un espacio y un lugar, y por tanto articula la dimensión de lo alto. Así, el arribante expresa la condición primigenia de la arquitectura, el ángulo de noventa grados (el ángulo recto y correcto, *ortos*) que ofrece al espacio su tercera dimensión, y que liga al hombre con la naturaleza según el antiguo régimen del *nomos*. El arribante no puede ser horizontal pues rompe con todo horizonte de espera, solo puede venir inadvertido a nuestros sentidos arrojándose sin anticipación posible. Verticalidad absoluta que, también, acaso coligue los terrenos de cielo y tierra, hombres y dioses. Verticalidad absoluta, el espacio se tensa hacia lo alto (y hacia lo profundo), arroja su sombra en un ciclo que no cierra, que se corta e interrumpe en esta tracción de lo alto.

Cerramos este recorrido como lo comenzamos, en la donación y en el dar(se) el lugar. La arquitectura, finalmente, solo da lugar dejando darse al lugar. Y esto ocurre en la apertura que instaura el evento y se puebla con la figura, imposible, del arribante. La arquitectura no es, en suma, sino la generosidad del lugar.

7

Dar(se) lugar: dejar espacio al evento darse.

Arquitectura: don.

Referencias:

DERRIDA, JACQUES (1987). *Feu le Cendre*. Paris: Des Femmes- Antoinette Fouque.

Traducción al español: (2009) *La difunta ceniza*. Trad. Daniel Álvaro y Cristina de Peretti. Buenos Aires: La cebra.

—(1991) *Donner le temps I. La fausse monnaie*. Paris : Galilée.

Traducción al español: (1995) *Dar (el) tiempo I. La moneda falsa*. Trad. Cristina de Peretti. Barcelona: Paidós.

— (1996) *Apories. Mourir—s’attendre aux «limites de la vérité»*. Paris: Galilée.

Traducción al español: (1998) *Aporías. Morir—esperarse (en) «los límites de la verdad»*. Trad. Cristina de Peretti. Barcelona: Paidós.

Derrida, Jacques y Dufourmantelle, Anne (1997). *Anne Dufourmantelle invite Jacques Derrida à répondre De l’hospitalité*. Paris : Calmann-Levy.

Traducción al español: (2006) *La hospitalidad*. Trad. Mirta Segoviano. Buenos Aires: Ediciones de la flor.

Derrida, Jacques; Soussana, Gad; Nouss, Alexis (2001). *Dire l’événement, est-ce possible?* Paris: Éditions L’Harmattan.

Traducción al español: (2007) *Decir el acontecimiento, ¿es posible?* Trad. Julián Santos Guerrero. Madrid: Arena.

MARION, JEAN-LUC (1982) *Dieu sans l être*. Paris: Librairie Arthème Fayard.

Traducción al español: (2010) *Dios sin el ser*. Trad. Daniel Barreto González, Javier Bassas Vila y Carlos Enrique Restrepo. Vilaboa (Pontevedra): Eliago Ediciones

—(1996). *La croisée du visible*. Paris: PUF.

Traducción al español: (2006) *El cruce de lo visible*. Trad. Javier Bassas Vila y Joana Masó. Castellón: Ellago.

—(2005) *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica*. Buenos Aires: Jorge Baudino/Unsam.

—(2005) *Étant donné*. Paris: PUF.

Traducción al español: (2008) *Siendo dado*. Trad. Javier Bassas Vila. Madrid: Síntesis.

Enviado el 11-5-13

The Gift. On Architecture

José Vela Castillo, dr. arquitecto

IE Universidad

jose.vela@ie.edu

1

This text will try to expose, in a first phenomenological exploration, the role “gift” (or “*don*”) has in architecture in relationship with the phenomenon of place and the very possibility of being event of the event (for which architecture, in turns, provides its place). Of course the whole program is related with the closely knitted concepts of place, phenomenon and event, which I’ll try to elucidate in its architectural form delving both into Jean-Luc Marion’s phenomenology of donation and Jacques Derrida deconstructivist thought of the event and the gift, with Husserl’s transcendental phenomenology as the (not so) long distant horizon. It must be noted that it will also be present a delicate nietzschean and affirmative approach, one that, basically, tries to let things in its singularity being what they are, before (or beside or beyond) any objectivity, one that basically says “yes” to the appearing of the (some)thing, to the event in its appearance (and not in its psychological appearance, of course). In that sense, the place of architecture is the place where the law of alterity, the law of the Other (with capitals) makes itself present: “event” is another way to say “coming of the Other”.

Of course these first statements, as well as the general title of the paper, demand a note on translation. In Spanish, as well as in French (but unlike English) “dar lugar” / “donner lieu” has at least two meanings. On the one hand, “dar lugar”, in its more common sense, means something such to produce, or to lead (in)to; to produce considered as the sequential order in which one thing leads to another, in which another subsequent state is produced as the results of the dynamic force of the precedent (which of course means: a mean to an end, a teleological order).

“Dar lugar”: something induces or (produces) a given state of things to change into another one, determining a chronological priority as well as a logical priority (not to say an ontological one). On the other hand, considering the literal meaning of the words, “dar lugar” means “give place”. Of course this is not the common usage of the expression, but the “hidden one” (maybe the metaphorical one?), that is the same that saying the *spectral* one; nevertheless this meaning resonates behind its simple meaning, the right sense being transformed in a kind of figural sense, something being present without being present still or anymore.

Finally, a last consideration on language and translation: both in Spanish (or French) and English, “(un) presente”, “(a) present” means both a gift and the present time. This correspondence is worth to be considered through the length of this paper as a *basso continuo*, as the impossible-possible correspondence of the gift with its giving.

Two questions are by now already mentioned that need a first exposition: the question of place and the question of giving, that is, also, the question of the gift (“donner” relates to donation, in a genealogy that we could trace at least to Marcel Mauss *Essai sur le don*). What is of interest here, from the point of view of architecture, is to explore this very concept of *donner-lieu*, of giving place, trying to determinate what is really given and what architecture gives by itself (if something), and where. From this point a parallel exploration of the role space takes in this operation could be traced: one that shows how space is transformed from a kind of transcendental preexistence to a closed engagement with which appears or what is given, from space to place, and how it affects architecture or is affected by architecture.

It must be clear now, this set of interrogations only tries to fix some area of study, tries to isolate some main concerns. In some ways is just the idea of questioning what is at stake, *la cuestión*: here the question of the gift. Hope my writing (and my voice) was enough gifted to meander through it... In any case, what will follow are not the answers to those questions, but the reconsideration or the deconstruction of those precise sentences. Nor its elucidation, but its (*mis*)appropriation.

2

What is really given “in space” when we say “giving place”? Could we, for instance, say “delivering place”? “Leading” (to) (a) place? What is understood then? A giving birth? From where and from who? Third gender, maybe? And most important, even: What is given, then, in architecture? A gift? The gift of architecture? An architectural gift? Gift as, precisely, “gift” (“donnation”)? Nor that architecture was given as a gift (which of course it is, although in some un-straightforward and circuitous ways), but architecture as that which sets any conditions, or pre-conditions (though unconditioned ones) that could allow spaces to be places, precisely re-shaping them into the form of an opening, an opening to possibilities, an opening to the be-coming, an opening to the absolutely unexpected (“l’avenir”). In some ways, the gift that architecture is, if something, the setting up of an *opening* (an unconditioned one), the clearing of a place; never its *closure*. Architecture, in the very spacing of its gift, in its being a kind of “third gender/imprint giver” (of course Plato’s *chorā* resonates here, true) sets the very possibility for the unexpected to happen. In fact, *gift* is also the *unexpected*, is some-thing that couldn’t be recognized as such without twisting its very phenomenological conditions of appearance.

What is to give, then, to give a gift (“don”)? What donation means, not only in phenomenological jargon? Both the act and the object, *donation* and *don*, an object that is given without a “real” subject, beyond any transcendental *ego* that could configure it, without any sub-*iectum* (where nothing stands behind or besides, without any foreseen deepness), without any rest supposed to remain (but nevertheless resting), the (true) gift disjoints in multiple ways our common assumption of what giving is.

In Jean-Luc Marion’s formulation, (*open quotation*) “The intimate relation between reduction and donation defines the principle of phenomenology. What appears is what is given, so to say, what appears without any reservation or any rest, what “ad-viene” (*sorry not having a good translation for that*) and then what comes and

imposes itself as such, not as an appearance or the representative of an in-itself absent or disguised, but as itself in person and flesh”¹⁴ (*close quotation*).

So, in his interpretation of donation (and in its intimate relation with reduction, the “third reduction” as Marion calls it), Marion assumes that in phenomenological donation the phenomenon gives itself and by itself in its totality, without any rest, because otherwise it will remain “the other of being”¹⁵: without any rest because in donation there is no constitution of the phenomenon from the outside of a transcendental *ego* but through the itself of the phenomenon. (The question of the rest is nevertheless much more complicated, as for example is developed by Jacques Derrida in *Feu le Cendre*, see references). This assertion, in turns, leads Marion to the assumption of the certainty of the experience in which “the something” is given, given precisely the very certainty of the experience of donation, which in fact precedes any phenomenological reduction (at least from his point of view). Donation, in Marion’s reading, is equivalent to the phenomenon itself as proposed by Husserl, in its two faced structure: that of the appearing (to the conscience side) and that of what appears (to the things side)¹⁶.

From this point Marion adds: (*open quotation*) “We think it is established that the folding of the phenomenon, as is unfolded in its appearing, is equivalent to the folding of donation, in the way it holds in donation what is given”¹⁷ (*close quotation*). But, as he continues on, soon appear clearly the problems that arise with this phenomenalization of what is given, of what is given in itself *and* by itself. Because we can’t reduce this donation in itself to something operated by any transcendental ego as is said, one that then could transform phenomenon into objects and that in this operation erases any rest.

What is given in donation fixes by itself its own conditions of manifestation; any *ego* is then bereft of any transcendental claim.¹⁸ And now, from this last statement, we could recognize the very condition of donation, that which interests me the most: its being event.

3

So, we could now ask ourselves where we could find some phenomenon that in its presentation not only preserves the track of its original donation, but in fact opens a path to this original (*it*)*self*. Marion’s answer (and mine at some extent) is that this possibility must be tracked down to the phenomenon of the type that the event is, so establishing by now the intimate relationship between donation and event that we are pursuing in this paper.

Event never results of any production, is never presented as a product, predicted and provided (Marion

¹⁴ “La íntima implicación entre la reducción y la donación define entonces el principio de la fenomenología. Lo que aparece se da, es decir, que aparece sin reservas ni resto, ad-viene por ende, llega y se impone como tal, no como la apariencia o el representante de un en-sí ausente o disimulado, sino como ello mismo en persona y carne”.

Jean-Luc Marion, *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica* (Buenos Aires: Jorge Baudino/Unsam, 2005), 48. Translated by the author.

¹⁵ Ibid., 48.

¹⁶ Ibid., 50.

¹⁷ “[...] consideramos establecido que el pliegue del fenómeno, tal como se despliega en el aparecer, equivale al pliegue de la donación, tal como él guarda en ella lo dado.”

Ibid., 50.

¹⁸ See Ibid., 92.

says), nor is any possibility of its repetition according to its causes (which could then be replicated) given. Event demands surprise, ex-position, opening to the un-anticipatable; if the *event* could in fact exist it could never be programmed, said beforehand, decided¹⁹. Event, in Derridian words now, is some *possibility of the impossible*. Event couldn't wait and couldn't really be waited for, because what will be expected is the unexpected, the absolutely unexpected. Which of course, makes no sense.

Event gives itself: is given in the form of true donation, opens up a space of/for donation to appear. So, when I say that architecture “da lugar” (gives place), I intend to say: the place, the “lugar” will appear in the form of the event, if in fact appears at all (because, as said, event is the totally unexpected). The event of place donates itself as real event, building architecture in the form of its host (which of course points to the closely related trilogy: guest/ghost/*geist*), presenting architecture in the very act of its *delivering* place (and then, also, phenomenizing open, geometrical, Cartesian space). Nor that architecture exists beforehand acting as frame for the event, one that could set the conditions of possibility for the event to appear (in the form of donation without rest and against a Kantian background), nor that this giving place precisely builds a place where, lately, the phenomenon of event could appear. But architecture as the very phenomenon of *its* donation *as* place.

Otherwise, some could be objected: architecture, caught in the dense net of its own language, standing before us as a building, re-sisting us as a construction (also of meaning), needs to be thought as a kind of generality, needs to be understood through certain iterability: a repeatability that allows for its recognition (and for its function), which seems to be at odds with the absolute singularity of the event. But this is no real objection, since we are not dealing with architecture as a freestanding phenomenon that appears in the form of an unsaturated object to an *ego*, we are not dealing with architecture as a mere technical or technological object that is there only to be used, in the transparent form of a tool. We are confronted with architecture in its saturated presence and in its constitutive undecidability, and that means that, for saying the least, architecture introduces a constitutive variation in its repetition: iteration here means impossible repetition of the equal.

Absolute event tears apart the tissue of history, the weft and warp of the ordinary in which, nevertheless, rests the very possibility of its apparition. Architecture, then, “real” architecture, when is given as “don” of place, really performs this ruination of the textile texture of history: because architecture happens to the singularity of any of us, besides or transcending its more broad standing as object in front of us (con-fronting us). Architecture as the event of place giving itself as itself, as real event, as the phenomenon that disrupts any of our certainties, traverses the being not as an standing object (pre-visible) in its phenomenality, nor is presented (given) as a pure singularity, as itself and from itself, far beyond any object-subject distinction.

Place as event, architecture as this “dar lugar” (and not as the place where this “dar lugar” happens), if in fact is possible, is given in the form of the trace of its very donation. And that is singular (or rather singular-plural), the absolute singularity which couldn't be apprehended through the common thought of phenomenon as object presentation.

In some ways, architecture becomes theatrical when imposes itself as the singularity of event. Not theater

¹⁹ See Jacques Derrida, *Dire l'événement, est-ce possible?* (Paris : Éditions L'Harmattan, 2001).

as building, not theater as a prior existing text, not even theater as performance or staging or community gathering. But theater as *advent* (in some medieval and “theological” meaning), as the “now” that testifies the singularity of event, as the weaving and interlocking of weft and warp of the text(ile) tissue of the world. As the absolute here and now of re-presentation beyond any re-presentation, as that which for itself and by itself “puts us in stage in its giving to us”²⁰.

4

As said, the gift, the “don” can never be in the present, can never be present (being nevertheless a “present” as gift) in present: it never re-presents nothing, but somehow appears in the form of the specter, in the disjointed time of the ghost. What rests of donation in architecture, as architecture, if any? Maybe only the faded image of a time to come in the form of a specter. Event then leaves a trace in the figure of the *revenant*, of the specter that re-turns without being ever present (in some time before). But nevertheless “something” is given in (this) donation, and most important, some of which it is given remains, leaves a shadow, imposes itself as ruin and ash, disseminates itself as the ever fleeing of the trace (questioning any assumed given relationship between signifier and signification).

We could then say (although taking every possible precaution): architecture happens to be the quasi-transcendental condition of possibility of any giving (as *donation*), but also in turns architecture as singularity and event leaves always a trace (from which is donated) in a disjointed time (operated by the specter). A track and an imprint that, nevertheless continuously erased, always subsist as the ash of a never existing fire, as track and imprint, returning always but never having been present as such.

The gift, never present as such, precedes (and exceeds) any interchange, any dialectic, any metaphysics of presence, even any phenomenization that comes not from itself. What appears as the consequence of some “dar lugar”, in the form of the gift, is nevertheless something that precisely is not present, something that couldn’t be foreseen, some unexpected and unplanned, maybe something radically other (Other) in the form of the ad-vent. What is given as gift in architecture pertains to a pre-ontological order, which is the same that saying that is not of the order of Being, or at least of the Being as present, of the being (a) being. What is donated in architecture, what makes appear architecture as architecture, what makes truly architecture to appear is, then, never delivered as such, never made present in any present.

Architecture, in its “dar lugar”, as (the) giving place, could never be fully present.

This conclusion, of course seems a little bit paradoxical, because always architecture has been understood as the very example of duration, from its metaphorical use (foundation, solid walls and so on) to even the well known Goethe’s definition of architecture as “frozen music”. But nevertheless, it is “true”.

Architecture as “dar lugar” demands, also, some kind of waiting, not necessary a hoping, but some a-waiting of time to come, of be-coming, that will appear in the gift as the unexpected (and that, doing so, performs a certain disjoint of time and space). An a-waiting that even implies some violence: the coming of what is (not)

²⁰ Jean-Luc Marion, *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica*, op. cit., 79.

awaited irrupts with force, in a hurry, annihilates in fact any possible way of the waiting, any real hope, any relieve in hope, because, What could really appear? Good or bad? Possible or not? Terrifying or relieving? What can appear when there is no horizon of waiting? What appears, if does so, is the totally unforeseen. And it imposes itself through force, through the force of law (if I could put it in those terms) coming from a total illegality (or a-legality). No answer to the gift could be established or prepared beforehand, no architecture could stand unshaken to the giving itself of the “don”.

Finally: “L’arrivant” (the comer), that or who which presents itself as what comes in the event, sometimes adopts the form of the sinister, the uncanny. The comer, the totally unexpected one that arrives in the gift as the result of this “dar lugar” of architecture bears the signature of the guest, but not only. In fact it overflows the figure of the guest as the one who is invited, and then a-awaited, foreseen. A *visitor* (more than a guest, an invited one by himself, like the angel of Annunciation) irrupts as the one who I’m not ready to receive (who that is not invited, prefigured, even desired) but that nevertheless demands to be received, as a kind of categorical imperative. Architecture, in its phenomenization as event must adopt, also, the form of the unconditional host: must be performed itself in the form of hospitality. Of unending hospitality, in fact, because the amphotrion must be prepared to shelter this totally unexpected comer (“l’arrivant”)²¹, or must prepare itself to do so in the very act of receiving. Hospitality is not hospitality, in fact, if it is not unconditional, if it is not open to the unknown, to the unforeseen guest that appears as event (in architecture) and imposes itself.

From the spatial point of view, “l’arrivant” as the one who appears in/as the event always comes from the high, falls upon rather than comes from a distant horizon. And this imposes a necessary vertical condition on architecture. The event, as said, happens suddenly because is the totally unexpected: falls upon us from the vertical, from the direction where I could not see it beforehand. Its approach couldn’t be horizontal because it is at odds with any horizon, with the very condition of any possible anticipation, both a horizon of waiting and phenomenization and a physical horizon: I can’t see the event coming from far away; I cannot feel its presence in any horizon of a-waiting, so it demands an absolute verticality.

5

Though I’m not going to deliver some fixed final conclusions, and I’m afraid is late by now, I **do** want to reaffirm one last sentence:

“Dar lugar”: “*donner lieu*”: letting space for the event to appear.

Synonym: Architecture.

²¹ For an introduction to “l’arrivant” see Jacques Derrida, *Dire l’événement, est-ce possible*, op. cit., 94. For a more extended discussion see for example Jacques Derrida, *Apories*. Mourir—s’attendre aux « limites de la vérité » (Paris : Galilée, 1996).

References:

Derrida, Jacques (1987). *Feu le Cendre*. Paris : Des Femmes- Antoinette Fouque.

—(1991) *Donner le temps I. La fausse monnaie*. Paris : Galilée.

— (1996) *Apories. Mourir—s’attendre aux « limites de la vérité »*. Paris : Galilée.

—(2001) *Dire l’événement, est-ce possible?* Paris : Éditions L’Harmattan.

Marion, Jean-Luc (1996). *La croisée du visible*. Paris: PUF.

—(2005) *Acerca de la donación. Una perspectiva fenomenológica*. Buenos Aires: Jorge Baudino/Unsam.

—(2005) *Étant donné*. Paris : PUF.

Mauss, Marcel (2007). *Essai sur le don. Forme et raison de l’échange dans les sociétés archaïques*. Paris : PUF.